

Inclinadas sobre la tierra, las espigas maduras parecían esperar el sacrificio de la hoz. Entraba la noche, y aun latía la fiebre fecundadora de la tarde estival. Era el silencio cual un signo convenido para despedir la hora turbada ya por la jadeante respiración de un tren en marcha. Máquina y vagones desfilaron ruidosamente sobre los rieles, perdiéndose en el paisaje como una serpiente encolerizada y fulminosa.

Junto a la casa, levantada en el medio del campo sembrado, Giácomo el labriego, envejecido, feo, sucio, con una preocupación muy honda impresa en el rostro, descansaba callado. De vez en cuando su mirada iba a la choza o al amplio palio de trigo extendido sobre los tallos. Su mujer, paciente, agobiada, silenciosa, atendía a los hijos.

No podía el hombre explicarse por qué causa "pensaba su cabeza", habituada a la reflexión ajena; ni por qué sentía odio hacia el pueblo que lo despojaba de sus cosechas, y más odio a su cosecha, de todos menos suya, después de los sacrificios, las dudas y los sobresaltos, sufridos mientras germinaban los trigos, con la esperanza de una recompensa, ahora desvanecida.

Nada era suyo: ni aquel oro en racimos que de noche velaba sus sueños; ni el campo cuidado durante seis años con afán; ni la choza en que dormía; y en todo se reflejaba algo de sus fatigas, algo de sus alegrías, algo de sus penas, confiadas a las bondades de la naturaleza en días de gloriosa luz, en mañanas de lluvia, en tardes de nubes y de congojas, en noches de luna clara que le despertaban el recuerdo de su tierra distante, de su tierra pobre, donde florecía tardíamente la semilla que él arrojara en las heridas abiertas con el arado de sus amos.

Y había trabajado sin medida, sin descanso, sin experimentar desalientos. El país que tan bien lo recibiera, que tantas esperanzas forjara en su cabeza, era egoista como el suyo propio, como sus tierras estériles y olvidadas. Aquí también el amo, el poderoso, se llevaba cuanto era del labriego en igual forma que los muchachos la miel de las colmenas.

¿Estaba predestinado a eterno despojo? Tres años seguidos lloró sobre el campo el castigo de las plagas, del agua, del granizo: vió inclinar sus cuerpos, marchitarse y morir ejércitos de espigas rubias, sábanas móviles de plantas verdes. Y había sobre llevado las pérdidas liquidando sus ahorros, subscribiendo empréstitos, llevando hacia sus sembrados la mirada profética de sus acreedores, que, atentos al sol y a las nubes, como si fuesen capaces de atenuar los ardores de aquél o de impedir que aquéllas regasen a destiempo, le pronosticaban un "año bueno", un año que era de todos luego, menos suyo...

Si durante tres años venía perdiendo trabajo, tiempo, dinero, vida, y para los años era



EL POBRE GIÁCOMO

toda la ganancia, qué había de darle integra, su cosecha, odio feroz le crispó nervios. Estaba resuelto. ¡No segaría!

Sobre el ancho horizonte una fina rejilla se cimbró silenciosa. La brisa movió con fuerza los tallos flexibles. Los bueyes mugieron.

Como una de las arenas del verano, se sinuó, revolucionando las nubes, la tormenta. El campo luego pareció renase.

Giácomo, que acaba de temblar pensando en la suerte del trigo, trució el ceño. No era preferible que el agua lo destruyese, que el viento lo quebrase, que la piedra lo triturase, si hasta el mismo no ha

cía mucho pretendía incendiarlo para burlar la injusticia que lo atormenta. Un cariño extraño lo centra: una satisfacción íntima lo mantiene firme: el cariño a lo bello, instintivo de los corazones sencillos; la satisfacción del que admira su obra realizada, de como su pensamiento, vigoroso como sus fuerzas...

En la sombra rumorearon las estrellas y su rumor, como una queja, vagó por el campo adormecido.

Cuando los primeros rayos del sol desataron los dorados penachos del maduro trigo, y la naturaleza despertó dando un bostezo, la choza estaba sola, y el labriego distante, camino de otras tierras...

La espiga, absuelta del sacrificio de la hoz, iba pronto a volcar sobre el suelo todo el peso de su vida.

Por los pueblos, por las chañas, caso insólito del pobre Giácomo, en labios de viejos y muchachos, vez que en alguna parte se refería de los oyentes quedaba pensativo...

F. DEFILIPPIS NOVO.

